

Acto primero: FE

Vamos a dedicar este retiro espiritual a meditar y recordar la doctrina acerca de las virtudes teologales. No como si fuese una clase de teología; sino que, con unción, penetren el espíritu para hacerlo más suave, y sentirse el alma mucho más unida a través de estas tres virtudes llamadas teologales, porque tienen por objeto a Dios nuestro Señor.

La FE. En el santo Evangelio, aparecen tres tipos de almas de fe:

1) Los de poca fe. Y el Señor se lo echa en cara: «Hombres de poca fe, ¿por qué teméis?» (*Mt* 8,26). Ellos quieren que el Señor se despierte, que actúe, que increpe a las olas del mar, que se enfrente con la tempestad, que amaine al huracán, que, a su voz, obedezcan; quieren verlo actuar, le despiertan, le increpan. «¿No te importa que perezamos?» (*Mc* 4,38). ¡Qué poca fe! Como si el Maestro necesitara para hacer sus maravillas el estar despierto, el hablar, el increpar, el mandar. ¿Qué habló el Maestro antes de ser encarnado, en la eternidad, la Palabra del Padre «por el cual fueron todas las cosas hechas?» (*Col* 1,16). ¡Hombres de poca fe!

2) Hombres de fe normal. Se pide el milagro; el Señor exige la fe: «¿Creéis?» Y se contesta con esa afirmación sencilla: «Si creo, pero aumenta mi fe» (*Mc* 9,24). Tenía como miedo de no tener los grados suficientes de fe para arrancar el milagro, «aumenta mi fe»

3) Pero hay otra página bellísima: «Tú fe te ha salvado» (*Mt* 9,22). Dicho eso por Cristo nuestro Señor, qué grados de fe tendrán aquellas almas, la del Centurión, la de la hemorroisa... «¡Qué grande es tu fe!» «¡Jamás he encontrado fe tan grande en Israel!» (*Mt* 15,28; 8,10)

Vivir de fe. «El, justo vive de la fe» (*Hab* 2,4). ¿Qué es vivir de fe? Es encontrar en la fe la razón y explicación de nuestra vida. Realmente, sin la fe nuestra vida no tendría razón de ser, no tendría explicación. ¿Por qué vivimos, hacemos, por qué orientamos la existencia...? Sólo porque hay fe, porque creo.

La fe es la roca firme y consistente de nuestras convicciones. Ya pueden venir los misterios más ocultos, más impenetrables, las zarzas ardiendo y nunca consumiéndose. ¡Creo! Ya pueden venir los horizontes más cerrados, ya puede cerrarse el cielo, abrirse los abismos, el infierno entero... Descanso en la fe. Dios no me puede engañar, no puede engañarse, Dios es la verdad, ¡yo creo! ¡Qué descanso, qué consuelo, qué alivio en la fe!

Ya sé por qué vivo lo que vivo, sé de dónde vengo, sé a dónde voy, sé por dónde camino. Yo sé mi principio, yo sé mi fin, y sé cómo se empalman principio y fin.

Vivir de fe, esto es creer. Que hermosa palabra, creer, y que hermosa la vida del alma de fe.

Creer en Dios. «Dios existe, Dios es», como decía San Francisco de Asís: «Dios mío y todas mis cosas». Dios es mi Creador, mi Padre, mi Redentor, mi Santificador, mi Salvador. Creer, creer. ¡Qué vida más llena de consuelo! ¡Qué firmeza en la vida! ¡Qué llena la vida del alma de fe!

Y creer en la autoridad de Dios. en donde se funda mi fe. Lo que yo creo lo creo porque Dios lo ha dicho. Y ¡Dios no me puede engañar! Dios no me puede mentir. Que el alma en este pensamiento fomente sentimientos de adoración, de reverencia, de confianza, de gratitud, de amor a Dios, en quien creo y a quien me confío. Sin duda alguna, sin inquietud ni zozobra.

Creer en LA IGLESIA, Esposa de Cristo. En este plan divino de Cristo al instituir su iglesia, en la cual encontramos la eterna salvación en el cielo, y ya en la tierra, la santificación del alma.

Creer en la Iglesia, depositaria de la fe, de las gracias; de los sacramentos que me dan la gracia, desarrollan mi vida sobrenatural, camino de una santidad y de una eterna salvación.

Creer en esta Iglesia contra la cual las fuerzas infernales, y todos los poderes anti-Iglesia, no podrán prevalecer. Creer en la perennidad, en la hermosura, en la grandeza de esta Iglesia, una, santa, católica, apostólica.

Creer en MAGISTERIO DE LA IGLESIA, en la palabra que pronuncia el que a Cristo representa en la tierra; en la palabra que pronuncia la Jerarquía, unida toda ella a la cabeza, Vicario de Cristo, sucesor de Pedro. En este magisterio que, aunque no siempre

define dogmas y habla ex cátedra dogmatizando, siempre orienta, enseña, advierte, ilumina, siempre garantiza, al marcar el camino.

Crear EN EL SACERDOCIO, a pesar de las flaquezas humanas, a pesar de las defecciones, a pesar de los fallos... A pesar de todos los pesares, tener del Sacerdocio la certeza de ser la participación en lo que es la quintaesencia del Verbo hecho carne, Cristo Sacerdote. Por lo tanto, poner la fe en el Sacerdocio de Cristo, no en el hombre sacerdote. Porque el hombre es sacerdote porque participa de ese sacerdocio; y ese sacerdocio ni se mengua, ni se enturbia, ni se mancha con las flaquezas del hombre. Es siempre santo, divino, eterno y único porque es el Sacerdocio de Cristo. Que no tambalee nuestra fe en el Sacerdocio, a pesar de los pesares, dadas las crisis por las que Dios permite pase la Iglesia. No importa, el Sacerdocio es el de Cristo. Creer en el Sacerdocio.

(...) Creer en la EFICACIA DE LA VIDA CONTEMPLATIVA, hoy tan zarandeada, hoy tan discutida, hoy tan traída y llevada. Tengamos fe. Nunca faltará en la Iglesia la vida contemplativa. Junto al aumento progresivo, por necesidad de atención, de las «Martas», estará el pequeño rebaño de las «Marías», al pie del Maestro. No lo dudemos. Y creamos en esta vida contemplativa como la más eficaz, la más segura, la más fecunda en la Iglesia.

Crear y creer con firmeza, y contra toda prueba. Ser almas de fe. Que en nosotros se cumpla aquella frase de la Escritura, «el justo vive de la fe». Que realmente sea la fe la que dé vida a nuestra vida. Almas de una fe tan grande que sea capaz de transportar los montes Y vivir siempre en esta tesitura, en fe.

Crear. ¡Qué hermosa palabra! ¡Qué hermosa vida la de la fe! ¡Qué paz, qué descanso, qué seguridad, qué consuelo, qué aliento, qué firmeza, qué vida más llena! La fe. Es la que pidieron por nosotros y nosotros ratificamos después, ya mayores, cuando fuimos bautizados «¿Qué pides?»: «la fe».

Ponderando todas estas cosas y ahondando más y más en estos sencillos pensamientos que he expuesto, un poquitín de examen. Mi alma ¿en qué categoría se encuentra respecto a la fe? ¿Podía decirme el Señor: “¡hombre de poca fe!”? ¿Podía decirme “¡grande es tu fe!”?

Vamos a quedarnos hundidos en sentimientos de propia humildad, como el publicano, detrás de la columna del templo, y a decir: –Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que creo, pero aumenta mi fe.

Aquí, en la tierra, todo es fe; allá en el cielo todo será luz, visión. Mientras no veamos, creamos, y con el mismo gozo con que veremos, afiancemos ahora nuestra fe.

Señor, creemos, pero aumenta nuestra fe. No somos almas de poca fe, pero quisiéramos tenerla inconmensurable, que Tú pudieras decirnos: “¡grande es tu fe!” Señor, ya que nos diste la fe, danos el aumento progresivo, y constante, de esa fe, en la cual fuimos como nacidos en el agua bautismal, en la cual vivimos durante nuestra existencia en la tierra, y en la cual queremos morir. Y morir teniendo fe de que después, esta fe se convertirá en luz, en visión beatífica, por los siglos de los siglos.

Acto segundo

CREER EN EL AMOR DE DIOS

Creer en el amor es el acto de fe más hermoso, porque no se refiere ya tanto a los misterios que el Señor ha revelado, y cuantas cosas hemos dicho esta mañana; sino creer en lo que encierra todos los actos de fe: creer en el amor de Dios. Porque nos amó, nos creó, nos redimió, nos santifica, nos salvará. Quien es amor, obra amando.

Entonces, si Dios es amor y porque lo es, me ama siempre, Dios quiere que yo le ame. Negarlo sería afirmar que a Dios no le interesa que yo le devuelva amor, siendo así que Dios ha ordenado todos los mandamientos en vistas a que yo, cumpliéndolos aquí en la tierra, le demuestre que le amo, y así eternamente le amaré en el cielo; por eso, los ha sintetizado todos, precisamente, en aquel mandamiento amarás a Dios con todo tu corazón con todas tus fuerzas, con toda tu inteligencia, con toda tu vida, con todo su ser. Amarás a Dios siempre y sobre todas las cosas.

Fijaros lo que es pasar del acto de fe al acto de amor. Pero pasar precisamente a base de un acto de fe: creer en el amor de Dios.

Entramos dentro de la virtud de la caridad, virtud teologal que tiene por razón de ser amar a Dios, y amar todo lo demás en Dios, por Dios, y para Dios. Y en ese «todo lo demás» entra el mundo entero, obra del Señor, prueba de su amor; pero entra, sobre todo, el prójimo, que está hecho a imagen y semejanza suya. Entonces, en el prójimo ver una obra del amor de Dios, ver una obra con la cual Dios me demuestra su amor, y una obra a través de la cual quiere que yo le demuestre mi amor.

Si el mundo pensara así del prójimo, qué paraíso de paz sería el mundo. Cómo resplandece la grandeza de ese prójimo, mirado a través de esta fe en el amor de Dios.

Vivir en amor es vivir en gracia de Dios. La gracia santificante es participación de su propio ser, de su propia natural divina. Es Dios dentro de mi alma, que se me comunica en sí mismo y está conmigo. Esa gracia es otra prueba del amor que Dios me tiene. Está conmigo, dentro de mí.

Y también es prueba del amor que yo tengo al Señor, porque en mi mano está –terrible don de la libertad– arrojar a Dios de mi alma, perder, si quiero, la gracia santificante. Luego si no peco mortalmente, porque quiero vivir en gracia, esa gracia es prueba del amor que yo tengo a Dios. Vivir en gracia de Dios, intensa, creciente, progresivamente, desarrollándose «hasta la medida de la edad de Cristo». Vivir en el amor.

Pero también hay que vivir de amor. Otros pueden vivir de otras cosas: hay quien vive de la fama, quien vive de sus fuerzas físicas, quien vive de sus bienes materiales, quien vive de su astucia. En la vida de santidad hay quien puede concebirla a base de penitencia, a base de austeridad, a base de trabajo apostólico, a base de desgaste de vida. Hay quien vivirá, entonces de penitencia, de austeridad... Pero todo esto, según la frase de san Pablo, es nada si no hay amor. El amor, que está exigiendo hacer todas esas cosas: austeridad, penitencia, trabajo apostólico, actuación... Pero vivir no de otra cosa que del amor.

Vivir para el amor, entregada el alma al Amor, para que el amor haga su obra dentro de nuestra alma. Es sencillamente la auténtica consagración, perennemente vivida y sentida. Es un darse a Dios con signo de por vida, hasta la eternidad. Vivir para el amor.

Vivir con el amor. El amor siempre necesita convivencia; dos corazones que se aman necesitan estar juntos. En este caso, como el Señor está en nosotros por la gracia santificante, nunca está lejos. «¡Oh hermosura siempre nueva y siempre antigua!», decía

san Agustín, «te buscaba lejos de mí y estabas dentro de mí». Vivir con el amor es saborear su compañía, es gozar de su convivencia. Una cosa que sea esto realidad, y otra cosa es vivir esta realidad; y el vivirla es lo que produce esa alegría espiritual interior del alma.

¿Poesía todo? Realidad, que constituye el dogma de la inhabitación de Dios en el alma por la gracia santificante. Y, además, todo eso es una doctrina que da pie a tener fe en el amor.

No queda, por lo tanto, entonces más que amar al Amor, sabiendo que el amor da valor y mérito a la vida; de manera que la vida no tiene más valor ni más mérito, hágase lo que se haga, que el grado de amor con que se hace, y con que se vive. ¿Quién da el valor? ¿Quién da el mérito? Solamente el amor. Amar al Amor.

Por lo tanto, la consecuencia sería: no hay que hacer otra cosa en este mundo, tan sólo amar. Lo demás ha de ser como prueba del amor que tenemos al Señor; y sobre todo, ha de hacerse a través de una manifestación de la voluntad divina.

Fijaros si se simplifica así la vida espiritual. Ahora se explica por qué las almas sencillas, por qué las almas pequeñas en el sentido evangélico, a veces nos ganan la partida, y nos ganan los puestos primeros a los sabihondos que nos las damos de conocer tanto amor de Dios a través de un Evangelio estudiado, de una teología profundizada. No está en esto, no está en esto. Es la sencillez de un alma que ama siempre, y en todo. Que lo demás o son pruebas de amor, o son exigencias de amor, o son consecuencias de amor; pero siempre a través de la voluntad divina con la cual Dios muestra su querer y en cuyo cumplimiento yo muestro el amor que le tengo al Señor. «No el que dice: Señor, Señor, sino el que cumple la voluntad del Padre.» «Si me amáis cumpliréis mis mandamientos», que todos se sintetiza en «amar a Dios, sobre todas las cosas.»

En la confianza que tengo con vosotros, os voy a decir que repito después de comulgar todos los días, cuando el Señor está dentro del alma, la jaculatoria de Nuestra Madre (*M. María del Carmen Hidalgo de Caviedes y Gómez. Fundadora de la Congregación de las HH. Oblatas de Cristo Sacerdote*), y luego las que a mí se me han ocurrido del mismo tono. La de Nuestra Madre dice así: «Purifica, Señor, mi alma con tu mirada, para que en ella sólo haya amor». Yo me atrevo a seguir diciendo: «Amor mío, te amo, sólo te pido amor. Quiero darte sólo amor.»

La pureza que Dios nos exige por almas consagradas se abriganta solamente con el amor. No está en no tener mancha; está en tener brillo. Y el brillo lo da el amor que es luz y calor. La pureza que Dios nos pide, por lo tanto, es la pureza no de no estar manchada el alma, sino de estar ardiendo el alma en llamas de amor.